

## **El paisaje de España y Andalucía en los viajeros románticos. El mito andaluz en la perspectiva geográfica actual**

Francisco Rodríguez Martínez  
Catedrático de la Universidad de Granada

En todo el mundo, la geografía actual se considera en su mayor parte heredera del positivismo de finales del siglo XIX y, aún más, del neopositivismo contemporáneo. Es decir, como ciencia del territorio, la geografía persigue un conocimiento directo de la realidad material y aplica para ello la lógica de los preceptos de raíz cartesiana. El impulso neopositivista alumbrado hace cuatro décadas suscitó, sin embargo, una reacción en muchos geógrafos occidentales, un profundo afán holístico, un gusto por lo general y por lo complejo en sí mismo. Así llegaría también lo que se ha llamado entre otras cosas, geografía humanista o también geografía de las representaciones que redescubre bajo otra perspectiva algunos viejos temas geográficos, como el paisaje. Se valora por tanto, el hecho de que la actividad científica suponga una prolongación del sujeto, que no se pueda separar del todo, sin cometer excesos, a veces irreparables, la práctica científica de nuestra interioridad, incluidos los aspectos afectivos y emocionales. El geógrafo, más allá de la observación de las apariencias ha de procurar también comprender estos lazos sutiles y complejos, a veces aleatorios y ocultos, que unen hombres y territorios. El estudio de los "cuadros de vida" individuales, los explorados incluso por escritores y poetas, pueden servir de base para esta geografía paralela como puede considerarse realmente la tendencia humanista, que ciertamente descentra la geografía llevándola más allá de las ciencias de la tierra e, incluso, más allá de las ciencias sociales para convertirla en una ciencia del hombre en una ciencia humana, al estilo propugnado por algunos de sus olvidados inspiradores contemporáneos.

Esta forma de considerar el saber geográfico puede parecer nueva pero no lo es. Sus raíces van más allá del positivismo y se hunden en el Romanticismo, como también el propio positivismo. Numa Broc -la *geographie des philosophes*- ha insistido en que los orígenes de la geografía contemporánea coinciden con las del movimiento romántico, configurándose de la mano de autores como Alexander von Humboldt o Carl Ritter considerados comúnmente como los iniciadores o precursores de la Geografía científica. Tal configuración se encuentra, en efecto, asociada en gran medida al entendimiento de lo geográfico - de la naturaleza y del paisaje- postulado por el Romanticismo. No parece justificado reducir, como se suele, lo romántico a simple ingrediente menor - o más o menos perturbador, según sea el enfoque practicado- en la configuración de la Geografía Contemporánea. La imbricación es tan profunda como fecunda la presencia de la óptica romántica en los inicios de la Geografía, e incluso, más allá, aunque cada vez más soterrada o solapada.

No dispongo de tiempo para apoyar estas afirmaciones con textos que serían absolutamente demostrativos o reveladores, los que por ejemplo mostrarían a Humboldt en las orillas del Orinoco cotejando sus observaciones con el "sentimiento" de la naturaleza que le inspiraba la lectura del "Pablo y Virginia" de B. Saint -Pierre. El romántico es un ser complejo que comporta renovados modos de ver y sentir que no dejaron insensibles a los geógrafos y naturalistas del siglo XIX, que encontraron insuficiente el lenguaje de la estricta racionalidad y que, al aplicar el resurgido principio del conocimiento analógico, insisten en que naturaleza y paisaje, apelan directamente a la sensibilidad y a la pasión. Naturaleza y paisaje pueden así interiorizarse. El paisaje pasa a ser -como recordaba Martínez de Pisón en

relación con el Oberman de Senancour- un estado de la conciencia. Son muchas las reflexiones y profundizaciones que podrían hacerse al respecto, comparando algunos textos de escritores y científicos de la época, como Humboldt o Víctor Hugo que contraponen, ambos por igual, el paisaje objetivo o exterior, de las montañas o del mar a ese otro "paisaje interior" que suscita en el observador la vista y el sentimiento del primero.

No me detengo más. De hecho si me he demorado algo en estas cuestiones introductorias es por dos razones. Primera, por justificar de algún modo mi intervención, la de un geógrafo, en esta reunión de hispanistas con un tema cultural que sin embargo no es tan ajeno como parece a la geografía. Segunda, por la relación que toda esta "visión romántica de la naturaleza y del paisaje", que no he hecho más que esbozar, creo que tiene con el tema que voy a exponer a continuación: El paisaje de España y de Andalucía que recrean los viajeros románticos y que conforma, en más o menos proporción, el mito y la realidad de la España contemporánea.

## 1. Origen y contenidos del mito andaluz/español en el siglo XIX

Numerosos trabajos tanto generales como locales han comprobado el cómo y el porqué de lo que podría llamarse la "invención", "descubrimiento" o "interés" por España y/o Andalucía. Y se va constatando que, pese a las raíces profundas del mito andaluz que se remontan, al menos, al Siglo de Oro (Caro Baroja ha escrito que popularismo entonces es sinónimo de Andalucismo), la verdad es que España antes de la Guerra de la Independencia (1808-1814) -y por añadidura Andalucía- eran una "terra incógnita" para el europeo.

Por contra, está el enorme interés del siglo XIX. López Ontiveros destaca que, según la bibliografía de viajes de Foulché-Delbosc, 599 viajes de los que quedaron relatos se realizan en España en este siglo y, de ellos 318, se refieren a Andalucía, un tercio franceses, un cuarto ingleses, un quinto alemanes y la sexta parte americanos, acusándose en todos ellos un notable descenso desde 1950. Alberich contabiliza, por su parte, 124 obras de viajeros ingleses, entre 1800 y 1850, correspondiendo la mayor parte a la última parte del reinado de Fernando VII (década absolutista u ominosa, 1823-1833).

La pregunta casi obvia que se plantea, inicialmente al menos, ante estos datos es:

¿Porqué esta llamativa y rápida pendulación de una España casi desconocida a una España de moda?. A. López Ontiveros responde sistemáticamente a esta cuestión con una batería de factores y causas no excluyentes entre sí sino complementarias: 1) bélico-políticas (guerra de la Independencia, intervención de la Santa Alianza, exiliados liberales que inauguran la larga práctica del exilio en la España contemporánea); 2) económicas; 3) artísticas; 4) por último, también factores ó causas literarias. Digamos algo más sobre éstas.

Todos los estudiosos de la literatura de viajes en España se refieren únicamente a un solo hecho: El Romanticismo: señalando que este busca lo que casi a la perfección encuentra en España y Andalucía. Obsérvese por ejemplo lo que dice Lleó ("España y los viajes románticos" Estudios turísticos, 1984): « ¿ Que busca el viajero romántico... en España?... El hombre romántico no mira al mundo desde una posición ética, como el de la Ilustración, sino desde una visión estética. El mundo va a ser juzgado, no ya en la medida en que siga los principios de la Razón, sino en la medida en que conmueva el alma. Y para el alma europea, la propia "diferencia" de España, es decir todo aquello que nos había mantenido marginados durante el siglo XVIII, va a convertirse en fuente de exquisitas o atroces emociones».

O también lo que apunta F. Calvo Serraller ("Los viajeros románticos franceses y el mito de España". Imagen romántica de España): « Declarado incompatible con el espíritu de la Ilustración europea (recuérdese la pregunta del abate Masson de Morvilliers para la Enciclopedia: ¿Que se debe a España? En dos siglos, en cuatro, en diez ¿Que ha hecho por

Europa?), ¿ que ocurre para que inopinadamente España se ponga de moda precisamente en el momento histórico de máxima postración?... Pues, en el fondo, eso mismo: que ese hundimiento y debilitación histórica confirmaban un imagen ya bien consolidada de diferencia odiada antes y subyugadora ahora, desde el momento en que triunfó en Europa la revolución burguesa con todas sus connotaciones. El Romanticismo fue, desde luego, el que revolucionó el tradicional criterio de homologación cultural, que sirvió de base, para que se acreditara como un bien la diferencia española.»

En definitiva es también el tema de la "España imprevisible" -diferente en suma- "la Tierra de lo inesperado, le pays de l'imprevu, donde la excepción es la regla" como escribe el inglés G. Brenan en el prólogo a una edición del libro de viajes de su compatriota R. Ford ("Las cosas de España"). Y es precisamente Ford, que tantos defectos y limitaciones atribuye a España y los españoles, uno de los que más han contribuido a hacer de eso mismo la razón del atractivo.

Esta diferencia, real e imaginada o sublimada, es lo que ha pervivido en el tópico turístico actual, tras el lanzamiento, de los años 60. Tópico del que están a un paso muchos otros, por ejemplo, el iniciado por A. Dumas, y repetido tantas veces por los historiadores franceses del siglo XIX y principios del XX, que afirma que España no es Europa o que "África empieza en los Pirineos".

De lo dicho hasta aquí, podría deducirse fácilmente la preferencia romántica por Andalucía, porque es la región española más diferente de Europa, la más africana, paisajística y culturalmente, por distancia y persistencia del pasado árabe, la más excepcional, la más imprevisible, la más pintoresca. Aunque en realidad todo se deba más bien en realidad a la hibridación física, cultural del mediterráneo -un mar entre tierras literalmente, o tal vez mejor, como decía F. Braudel, un mar entre montañas que enjambra como las colmenas, que amasa culturas diferentes-.

Por otra parte, no hay duda de que también existieron razones artísticas, no literarias, que explican el protagonismo hispano-andaluz en el Romanticismo. Con el saqueo sistemático del tesoro artístico por los invasores napoleónicos -y con la inundación posterior de Europa de obras de arte españolas, es ahora cuando se descubre el arte español. Será ahora cuando se envíen marchantes para adquirir obras a precios astronómicos, en lo que también juega con ventaja Andalucía. Así el barón Taylor, comisionado por Luis Felipe de Francia, para comprar obras de arte en España, y autor de un conocido libro de viajes, responde así a Borrow (La Biblia en España, editado por M. Azaña) cuando se encuentran en Sevilla y este le pregunta. ¿Que le trae a usted por Andalucía?. A lo que Taylor contesta: "¿No es España la tierra del Arte? y dentro de España, ¿No es Andalucía, la región donde el arte ha producido sus monumentos más bellos e inspirados?».

Sin contar con la importancia decisiva de la arquitectura árabe y sobre todo de tres monumentos que, por si solos, hubieran sido capaces, como lo son aún hoy en día, de haber organizado la peregrinación romántica a Andalucía. A saber: Alhambra de Granada, Mezquita de Córdoba y Alcázar de Sevilla, en los que su atractivo artístico se tiñe, por añadidura de otros valores también románticos, como el exotismo o el orientalismo. Conociendo hace poco las evocaciones españolas de Puschin. que jamás estuvo en España, yo recordaba la influencia y la difusión del mito romántico sobre España, por toda Europa y evocaba en relación con ello el papel de la montaña, de ciertos paisajes de montaña españoles y andaluces, como otra de las piezas claves en el descubrimiento de la naturaleza española por el romanticismo. Hecho que tal vez explica, por otro lado, el olvido de la meseta, de las llanuras o altiplanos centrales que luego serán redescubiertos por los noventaiochistas tanto por medio de la observación directa como al releer a los clásicos del Siglo de Oro en especial a Cervantes.

## 2. Algunos rasgos del mito andaluz / español

Llegados a este punto, podríamos diferenciar, en relación con los contenidos del mito romántico, por un lado, lo que hace referencia a la comprensión global de España y/o Andalucía que vienen a coincidir en una concepción paradisíaca tan irreal como relevante en la percepción contemporánea que los europeos tienen inicialmente, y han tenido, de nuestro país. Y, por otro lado, los elementos geográficos de esta percepción, ya que, de facto, los románticos europeos compusieron, sin pretenderlo, una geografía de España, a partir de las representaciones histórico-literarias, que hicieron del paisaje y del paisanaje hispánicos. En lo que lo andaluz llega a tener tal volumen, que español y andaluz, vienen en muchos casos a ser lo mismo, reuniendo arquetipos y estereotipos que llegan a ser tópicos y a pervivir en la imagen folklórica con que todavía "se vende", turísticamente hablando, España.

Los puntos principales en que se ha basado la confusión histórica, global de España vista desde fuera -según Julián Marías- son casi todos de raíz romántica y se articulan en torno a la idea ya desarrollada, de España como un país anormal, diferente. Repasémoslos sumariamente:

1º) El orientalismo y los moros. El paisaje español, tanto físico como humano, el arte, son contemplados como un producto de este origen exclusivo, despreciando cualquier otro ingrediente. He aquí algunos ejemplos o botones de muestra:

En Theophile Gautier (*Voyage a F Espagne*) el oriente de influencia árabe lo impregna todo, naturaleza, carácter, costumbres, rasgos físicos (en especial de las mujeres), monumentos, etc.

En Washington Irving ("*Cuentos de la Alhambra*") la maurofilia es extrema en todas sus obras y la árabe una "dominación pacífica" en la que los refinamientos culturales de todo tipo determinaron un paraíso feliz en contraste con una Europa Medieval en sombras.

R. Ford establece en sus cosas (*Gathering*) más de cien comparaciones entre España y Oriente tanto en lo relativo al clima como a los hombres, "fertilidad proverbial" etc, achacando los defectos que observa al olvido e interrupción drástica de la civilización musulmana. Es el mismo estereotipo.

Davillier y Doré inciden en lo mismo y seleccionan escenarios naturales - Ronda, la Vega de Granada, La Alpujarra, - principalmente en la medida que los reconocen como teatro de hechos históricos y literarios árabes (por ejemplo, levantamientos y romances moriscos). Merimée (*Carmen* y *Otros cuentos*), el mayor propagador del estereotipo de la mujer romántica española/andaluza, que llega a disculpar a la Iglesia española. Pero, desde luego, no es lo que ocurre, con otros viajeros, sobre todo ingleses y alemanes. Inglis, Ford, Borrow, todos los grandes viajeros ingleses, fustigan sin piedad el catolicismo español, atribuyendo sobre todo Borrow, paradójicamente, el fanatismo religioso a una contaminación del islamismo, al que sin embargo la mayoría atribuye un papel dialogante.

3º) La decadencia española. No hay que decir que para los románticos el cénit, el mayor auge de la historia española, muy imprecisamente fijado, coincide con la época musulmana, o a lo sumo romana. Pero no hay períodos cristianos. La Reconquista es el triunfo del fanatismo y del mal gobierno, la causa última de la invasión napoleónica, de los "enfrentamientos civiles" y del endeudamiento crónico de la economía, según escribe R. Ford.

4º) El mosaico regional o existencia de un conjunto de regiones "insolidarias" es otro ¿descubrimiento?, del viajero romántico. He aquí dos textos reveladores:

Dice Th. Gautier: « Para un habitante de Castilla la Nueva lo que ocurre en Castilla la Vieja le es tan indiferente como si ocurriera en la Luna. España no existe desde el punto de vista unitario: son las Españas, Castilla, León, Aragón y Navarra, Granada y Murcia, etc, pueblos que hablan dialectos diferentes y que no pueden ni verse». Obsérvese que no alude a Galicia, Cataluña y el País Vasco, y que habla de "dialectos" luego el problema romántico de la insolidaridad regional española no puede circunscribirse a las regiones históricas con

lengua propia.

Y otro apunte de R. Ford: « El reino de España, que aparece tan compacto en el mapa, se compone de varias regiones distintas, cada una de las cuales formó un reino independiente en tiempos pasados; y a pesar que ahora están unidas... las diferencias originales, tanto geográficas como sociales, continúan sin alteración... el término general "España", conveniente para geógrafos y políticos, parece hecho para despistar al viajero, pues sería muy difícil afirmar una cosa, por sencilla que fuese, de España o los españoles que pudiese ser aplicable a todas sus heterogéneas partes».

No obstante estos problemas, o tal vez por ellos, España y Andalucía representan el paraíso para los románticos que la visitan. No hay exageración en el término, ya que él o sus sinónimos son utilizados por los viajeros. Así, Borrow dice de Sevilla: «Detúveme allí gozando del clima delicioso de aquel paraíso terrenal» y más adelante sigue «Es imposible, repito, estar triste en tales tierras y con razón los antiguos griegos y romanos colocaron aquí sus Campos Elíseos».

Y Gautier exclama al pasar Despeñaperros (que él llama Puerto de los Perros): «El aspecto cambia totalmente; es como si de pronto se pasara de Europa a África. Todo está inundado de una luz fulgurante, espléndida, como debía ser la que iluminaba el paraíso terrenal».

Y las mismas expresiones edénicas, los mismos arrobos por el clima y el paisaje de Córdoba, Málaga, Ronda, Granada, etc encontramos en otros viajeros, como Ford o el barón de Davillier. Es evidente que la extrapolación edénica a toda Andalucía es una licencia geográficamente inadmisibles que en parte se debe a la mayor concentración de visitas en los espacios andaluces mas fértiles y de mejor clima. Y ello conlleva la postergación de las altas tierras orientales, ni fértiles ni templadas.

En todo caso es el tópico y la exageración romántica lo que en último término justifica la extrapolación. Así, a Gautier, después de un penosísimo viaje por las más míseras Alpujarras no se le ocurre otra cosa que afirmar: «claro está que la admirable fertilidad de la tierra y la bondad del clima les dispensan de ese trabajo embrutecedor que, en comarcas menos agraciadas, reduce al hombre al estado de bestia de carga o de máquina y le priva de los dones de Dios: la fuerza y la belleza».

### **3. El imaginario espacial. La geografía andaluza de los viajeros románticos**

En definitiva, los viajeros románticos crean.No recrean, a la luz de su imaginario espacial, la geografía andaluza. Sus rasgos básicos o generales son los ya enunciados: unidad a partir de la frontera de Despeñaperros, africanidad, carácter paisajístico. Pero a partir de aquí pueden extraerse numerosos detalles sobre el relieve y su particular percepción, el clima y la vegetación que se identifican sin excepción como africanas, el poblamiento y las ciudades, la pobreza y las actividades económicas, etc.

En relación con el relieve, es claro que la Andalucía romántica es, paradójicamente, una región de montañas y no de llanuras. Sus intereses como dice Alberich ("del Támesis al Guadalquivir...") "no estaban en las pardas sementeras de Castilla, ni en las dehesas de Extremadura, sino en los riscos de Pancorbo ó en el tajo de Ronda, ó en las ásperas y contrastadas Alpujarras..." Andalucía, pues, está sistemáticamente deformada en esta clase de estampas por la tendencia a alargarlo todo verticalmente, lo cual la transforma en una especie de "Suiza coronada de castillos morunos".

En consecuencia parece lógico que tengamos tantas y tan buenas descripciones de Sierra Nevada y las Alpujarras, de la Serranía de Ronda (tierra de bandoleros, contrabandistas y ladrones), lo mismo que Sierra Morena y Despeñaperros. Esto lleva al paralelo desdén por las llanuras que se despachan en pocas páginas y con poco entusiasmo. La única excepción es

la campiña de Jerez y sus viñedos, cuyas características de medio físico, agronómicas, enológicas y de comercialización merecen extensos comentarios, en especial a R. Ford (quizá por/aquello de que «el jerez es un vino extranjero hecho y consumido por extranjeros»).

Es muy curioso también como el romanticismo cambia la imagen de llanura botica y del río Guadalquivir. « Por una parte, señala certeramente Olmedo Granados, es objeto de menor atención como elemento del paisaje natural que montes y sierras. Por otra no interesa ya apenas su actividad comercial y agrícola: ...lo que atrae del Guadalquivir es su lugar de panteón literario y sus posibilidades como escenario exótico y pintoresco cuando se recorría el río en el vapor "Betis" (de Sevilla a Cádiz) y se apreciaban sus riberas animadas de escenas galantes entre naranjos, toros bravos, restos moriscos y pájaros africanos. Pero su curso bajo, entre marismas y arenales, solo produce desilusión y añoranza".

Otro tanto ocurre con el clima. Les choca lógicamente sequía estival ("vimos una nube como algo extraordinario" anota Gautier, en general, la limpidez de la atmósfera, los vientos, y el calor, la calima que evoca al siroco, etc. Y en cuanto a la vegetación natural y los cultivos ocurre igual, les interesan, sobre todo, las especies africanas, exóticas y pintorescas: chumberas, adelfas, higueras, algodón, caña de azúcar, chirimoyos, batatas, naranjos, limoneros, palmeras... Un desconocedor de nuestra región no entendería como una región con tantas pitas, chumberas y palmeras, les puede parecer al mismo tiempo tan fértil y exuberante. Llama la atención, entre otras cosas, como el olivar apenas les atrae (quizá porque es un árbol "triste, gris, poco agradable en el paisaje", según el barón de Davillier) y lo mismo el trigo y o cereales a los que es muy difícil encontrar alusiones.

Por otra parte el mundo que perciben y describen los románticos en Andalucía es esencialmente urbano. Atribuyen la baja densidad y la concentración del poblamiento a la decadencia postmusulmana y se entusiasman con los emplazamientos arriscados y fortificados. Pero el interés por los pueblos y ciudades no es indiscriminado sino, por el contrario, muy selectivo. Tres ciudades constituyen los lugares de preferencia: Granada, ciudad romántica por antonomasia con la Alhambra y el Generalife; Sevilla, con el Alcázar, la Giralda y la Torre del Oro; Córdoba, con la Mezquita. Luego están por diferentes razones Málaga, Cádiz, Gibraltar (por su accesibilidad) Ronda, Carmena, Ecija, Baeza, Úbeda .... la información sobre estas ciudades es tan amplísima que no se puede extraer mínimamente, pero destaca el tratamiento histórico, la descripción meticolosa de los monumentos especialmente los musulmanes, las calles y plazas, las fondas y posadas, en fin, las casas andaluzas con sus patios, rejas y balcones. La ciudad para el viajero romántico, escribe A. López Ontiveros, es sobre todo un teatro en el que, según los casos se recrean ensoñaciones y se forjan proyecciones. El caso tal vez más paradigmático es el de W. Irving inventando sus propias historias sobre la Alhambra y Granada. La ciudad es también el marco y pretexto para extenderse en el análisis de los usos y maneras sociales, caso de R. Ford descubriendo el "tomar el fresco", los requiebros, presentaciones, condición de la mujer, paseos, pésames, tertulias, espectáculos, festejos taurinos, procesiones y toda clase de hechos pintorescos y tópicos sobre el carácter de los andaluces a los que se hacen más reproches que elogios. Salvo excepciones, como la del italiano Edmundo de Amicis que alaba encendidamente la hospitalidad de los andaluces (Recogido por García Mercadal).

Concluyo, en fin, estos apuntes sobre el imaginario espacial romántico, reafirmando que no ha pasado impunemente sino que ha dejado una profunda huella fuera y dentro de España. Es, sin duda, sorprendente que esta imagen de Andalucía, esencialmente obra de los viajeros románticos perfeccionada y persista, hasta la actualidad y que incluso asfixie o ahogue en determinados aspectos a otras imágenes antitéticas surgidas la "Andalucía trágica". Y más sorprendente aún es que la imagen romántica haya sido interiorizada por españoles y andaluces, que los tópicos de Andalucía se extrapolen al conjunto de España, en lo que podría llamarse la "andalucización" de España.